

Koppe, Carl Christian Sartorius, Karl Sapper siguen la estela de Humboldt en México y América central, Johann Jakob von Tschudi y Eduard Poeppig se inspiran en él en sus investigaciones en Perú, Bolivia y Chile, y el príncipe Maximilian zu Wied y Carl von Martius imitan sus planteamientos metodológicos en sus investigaciones sobre el Brasil.

Pero los tentáculos de Humboldt no llegan a América sólo a través de esos intermediarios. Él tiene hilo directo con los líderes de las nuevas repúblicas emergentes: Bolívar, Jefferson, Rocafuerte, Santa Anna, Lucas Alamán. Su influencia es enorme en las incipientes comunidades científico-técnicas que se constituyen una vez emancipadas las repúblicas hispanoamericanas o formado el imperio de Brasil. Los programas de trabajo de sociedades científicas como la Sociedad de Geografía y Estadística de México, o el Instituto Histórico-Geográfico de Brasil son en cierta medida humboldtianos. Humboldt asesora al equipo de científicos que contrata Bolívar para crear un Instituto de Ciencias en Bogotá, entre los que destacan el agrónomo y químico francés Boussingault y el mineralogista peruano Rivero. Y alienta directa o indirectamente a numerosos naturalistas europeos a hacer lo que él no pudo cumplir: radicarse en las Américas y, desde los laboratorios naturales de aquel continente, ayudar a la institucionalización de las ciencias naturales y de la geografía en aquel Nuevo Mundo. Así, los trabajos de distintos naturalistas europeos que se establecieron en Estados Unidos y en diversos países latinoamericanos a lo largo de las décadas centrales del siglo XIX, como los alemanes Burmeister en Argentina, Philippi en Chile, Ernst en Venezuela, los italianos Raimondi en Perú y Codazzi en Colombia y Venezuela, el francés Claudio Gay en Chile, el suizo Agassiz en Estados Unidos, y el español Ramón de la Sagra en Cuba, serían ininteligibles sin considerar la poderosa influencia que ejerció Humboldt en sus programas de trabajo y en sus anhelos de potenciar la intercomunicación científica ente Europa y América y viceversa.

A través de esos aliados, seguidores e interlocutores –según los casos– Humboldt creó una escuela de pensamiento en las Américas, sobre la que pivotó el culto que se fue construyendo en torno a su figura y que llegó a su paroxismo en los últimos años de su vida, en la década de 1850. Los intelectuales latinoamericanos visitan su casa-palacio berlinés de Tegel como si fuera un santuario. Existen vívidas descripciones del arrobamiento que sentían al contemplar al sabio en el *sancta sanctorum* de su gabinete de trabajo, como la que nos dejara el historiador y político chileno Benjamín Vicuña Mackenna tras visitarle en Berlín. Asimismo algunos gobiernos latinoamericanos muestran su interés en canonizarle en vida, inmortalizando su nombre, y agradecerle así los servicios prestados en la construcción de

sus respectivas «culturas científicas nacionales». El 14 de septiembre de 1857 el presidente de la República Mexicana Ignacio Comonfort firma un decreto para fundar tres ciudades en el istmo de Tehuantepec, que habían de denominarse respectivamente Colón, Iturbide y Humboldt.

Tanta fama le resultó agobiante, y aunque parezca una *boutade* casi se puede aseverar que una de las causas del fallecimiento de Humboldt pudo ser el peso del éxito, manifestado en una descomunal correspondencia que había escapado a su control, y que casi le aplasta. Minguet reproduce el dramático llamamiento que hizo Humboldt el 15 de marzo de 1859, pocas semanas antes de fallecer, para que ese público, al que él había convocado a lo largo de su trayectoria, respetase su intimidad y le dejase trabajar. Y dada la elocuencia de este testimonio autobiográfico que prueba cómo a veces las redes de comunicación científica dejan de ser operativas por su sobresaturación, o cómo las redes de mensajeros que surcan el planeta pueden acarrear catástrofes (según la reflexión de Michel Serres) me permito reproducirlo *in extenso*: «Agotado bajo el peso de una correspondencia siempre creciente de un promedio anual de aproximadamente 1600 a 2000 piezas (cartas, impresos sobre temas que me son totalmente ajenos, manuscritos sobre los cuales se pide mi opinión, proyectos de viajes y de expediciones coloniales, envíos de modelos, máquinas y objetos de historia natural, preguntas sobre viajes aéreos, enriquecimiento de colecciones de autógrafos, ofrecimientos para ocuparse de mí, distraerme, divertirme, etc...), intento de nuevo, públicamente, rogar a las personas que me honran con sus favores, contribuir a que se ocupen menos de mí en ambos continentes y que no se utilice mi casa como buzón; así podría consagrarme a gusto y con toda tranquilidad a mis propias investigaciones, pese a la disminución de mis fuerzas físicas e intelectuales. Ojalá este pedido de socorro, al que me he resuelto con remordimientos y demasiado tarde, no sea interpretado como una señal de hostilidad».

Téngase no obstante en cuenta que, mientras realizaba este apremiante y desesperado llamamiento a sus corresponsales, entregaba el último manuscrito del tomo V del *Cosmos*, y poco antes impartía las instrucciones científicas del viaje de circunnavegación del globo de la fragata *Novara*, del imperio austrohúngaro.

## **Un sabio para todos los gustos**

Ese culto a Humboldt no se paralizó ni disminuyó con motivo de su muerte el 6 de mayo de 1859. Al contrario, a partir de esa fecha en ambos

continentes, tanto en Europa como en América, iniciativas diversas sostendrán el interés hacia su figura y obra durante el resto del siglo XIX mediante acciones rituales de distinto tipo. Las redes de comunicación científica creadas por Humboldt siguieron desplazándose *post mortem* en el tiempo y el espacio, por una doble razón.

Por una parte, por la misma naturaleza de esas redes. Las redes construidas desde los laboratorios se extienden a través del espacio y del tiempo. La fabricación de los hechos es un proceso continuo y la movilización de las redes, basada en la negociación, es permanente. En esa movilización el investigador despliega una serie de operaciones encadenadas, que abarcan desde el aprovisionamiento de materias primas hasta la producción de artículos científicos destinados a convencer a los lectores críticos. Es precisamente esta movilización la que da a los hechos su solidez, ya que ésta se basa tanto en el reconocimiento que se otorga a la competencia de los investigadores que producen el hecho, como en el interés que manifiestan los usuarios respecto a esos hechos. De ahí que para probar la resistencia de sus proposiciones y medir el interés que suscitan el investigador ha de confrontarse con un espacio público de discusión, pues es a través del debate y la controversia como se juzga la solidez del hecho y su interés.

Es evidente, como ya se ha apuntado, que a lo largo de su vida Humboldt consiguió obtener grandes aliados en algunas de las controversias que emprendió, por ejemplo con el científico neogranadino Caldas a propósito de la prioridad en sus investigaciones sobre geografía botánica. La magnitud y perfección de las inscripciones de carácter literario o iconográfico que extrajo y depuró de los laboratorios naturales por los que se desplazó, y que sustentaban su estrategia comunicativa, fueron decisivas en las victorias científicas que obtuvo y en la capacidad de convencer y conmover a grandes masas de lectores.

Y, por otro lado, porque su obra se hizo inmortal. Su escritura respaldada por poderosas imágenes convenció y atrajo a gustos muy diversos, y continuó interpelando a actores sociales muy heterogéneos, y de lugares geográficos muy distantes. Todos le mantuvieron en el panteón de la ciencia, mediante una serie de signos recurrentes.

Los políticos apelaron a los artistas para hacer pétrea e incommovible su memoria en todas partes. Nada más fallecer, el presidente Benito Juárez tiene tiempo, en medio de una guerra civil, para firmar un decreto por el que se declaraba benemérito de la patria al barón de Humboldt y se disponía que por cuenta del Tesoro de la República se hiciese en Italia una estatua de mármol que representase a Humboldt de tamaño natural para colocarla en el Seminario de Minas de la ciudad de México, con su